

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 4: BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. **Bienaventurados los que lloran**
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

4 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 4:

Queridos amigos, les doy la bienvenida a esta cuarta sección del estudio de las bienaventuranzas. Como hemos visto en las secciones anteriores, la enseñanza de Jesús es a la vez profunda pero simple. Es confrontante y, al mismo tiempo, consoladora. Así que continuemos buscando la bendición del Señor sobre esta porción de la Escritura en nuestros propios corazones y vidas.

La pregunta con la que quiero comenzar es la pregunta con la que Jesús concluye el sermón: ¿Qué es un verdadero cristiano, y soy yo uno de esos? Ahora, obviamente esa pregunta implica que hay cristianos que no lo son en realidad. Y esa es, definitivamente, la propia enseñanza de Jesús al final de este Sermón del Monte, en el capítulo 7. Y no es un hecho aislado tampoco. No, escuchen cómo habla Jesús en Mateo 7 versículo 22, donde Él declara una verdad impactante, una verdad sorprendente. Dice ahí en el versículo 22: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, [¡Hemos estado enseñando!] y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé [Jesús hablando]: nunca os conocí [no hay ninguna relación entre ustedes y yo, eso es lo que significa]; apartaos de mí, hacedores de maldad». Esa es una conclusión solemne. Y debemos concluir a partir de esto que conocer la verdad cristiana y enseñar lecciones cristianas, o estar involucrado en el ministerio cristiano no son la prueba definitiva de ser un cristiano genuino.

Entonces, ¿a dónde vamos para responder esta pregunta tan confrontante? La respuesta está regresando al inicio del sermón, en Mateo 5 versículos del 3 al 9, en donde Jesús describe la respuesta en el hombre bienaventurado. En esa porción de la Escritura, Jesús define a un verdadero cristiano, no por la cantidad de conocimiento que tiene, sino por el conocimiento o consciencia *experiencial* de la verdad bíblica que una persona tiene en su propia vida.

Ahora, ¿qué quiero decir con conocimiento o conciencia *experiencial*? Es cuando el corazón y los hechos verdaderos de la verdad de Dios, tal como se nos revelan en la ley y en el evangelio, nos afectan. Hacen algo en nosotros. Humillan nuestro corazón. Cambian la dirección de nuestra vida cuando nos inspiran a tomar decisiones distintas o nos impulsan a acciones que no son naturales. Un ejemplo de conciencia *experiencial* es lo que nuestros hijos aprenden cuando aún así tocan la superficie caliente de la estufa que les advertiste no tocar. Después de ese contacto *experiencial*, ellos tienen conocimiento *experiencial* de lo que significa «caliente», y eso influirá sus decisiones, sus acciones. Yo sostengo la postura de que, en las bienaventuranzas, Dios nos ha dado la más simple, la más clara, la más confrontante, y a la vez también la más consoladora respuesta a nuestra pregunta de ¿qué es un verdadero cristiano? Las bienaventuranzas, queridos amigos, son como una anatomía espiritual del alma nacida de nuevo, o del corazón regenerado.

Después de esta introducción, miremos ahora más de cerca la segunda bienaventuranza bajo los mismos dos encabezados que usamos para la primera. ¿Cuál es el llanto que Jesús considera bienaventurado «Bienaventurados los que lloran»? Y en segundo lugar, ¿por qué son bienaventuradas tales personas que lloran «porque ellos recibirán consolación»?

1. *¿Cuál es el llanto que Jesús considera bienaventurado?*

«Bienaventurados los que lloran». ¿Qué es este llanto bienaventurado? ¿No ves que esta segunda bienaventuranza de Jesús se presenta, una vez más, completamente perpendicular a la manera en que pensamos o la manera en que sentimos? Nosotros llamaríamos a los que están felices, los que están alegres, los que están riendo, los que están teniendo un banquete, los llamaríamos «bienaventurados». En general, tendemos a alejarnos de la tristeza, del llanto y del duelo, aunque Salomón escribe en Eclesiastés [7:2]: «Mejor es ir a la casa del luto» —es decir, a una funeraria. Seamos honestos: ¿a quién le gustan los funerales? Pero nuestro Señor Jesús no tiene problema en declarar una verdad impactante en Lucas 6 versículo 26, que está conectada con esta bienaventuranza. Él dice, en lugar de bienaventurados: «¡Ay de vosotros, los que ahora reís! — los que solo piensan en reír— porque lamentaréis y lloraréis». Frente a eso están estas palabras de nuestra segunda bienaventuranza: «Bienaventurados los que lloran».

Esa es la razón por la que te pido que tú y yo reflexionemos sobre ¿qué quiere decir Jesús al llamar «bienaventurados» a los que lloran? Ahora, Él no está hablando del llanto y del dolor que sentimos cuando muere un ser querido, o cuando nuestro negocio se va a la quiebra, o cuando fallo un examen importante, o pierdo una hermosa oportunidad. Estar triste y afligido en tales casos es, por supuesto, totalmente normal y aceptable, pero no es motivo para llamar a nadie «bienaventurado». ¿Alguna vez pensarías en escribir una tarjeta con las palabras: «¡Vaya, qué persona tan bienaventurada eres por haber perdido tu negocio o tu cónyuge!»? Jamás pensarías en decir algo como eso. Así que Jesús tampoco está hablando del llanto y el dolor que sentimos cuando nuestro orgullo es herido, cuando hacemos el ridículo de nosotros mismos, o cuando quedamos expuestos por haber sido deshonestos o por haber robado. Eso también es tristeza, también es llanto; pero esa tristeza, es bíblicamente llamada la «tristeza del mundo», y según 2 Corintios 7 versículo 10, termina en pérdida o en más muerte. Simplemente no nos bendecirá si no te arrepientes y te vuelves de las acciones que causaron esa pérdida en particular.

No, Jesús está hablando de un llanto diferente, amigos. Él está hablando de un llanto que fluye de la primera bienaventuranza, que fluye del descubrimiento de que somos espiritualmente pobres ante los ojos de Dios, para ser y para hacer lo que deberíamos ser y hacer. Este descubrimiento de nuestra condición espiritual, como espiritualmente perdidos, o pobres o en bancarrota, enciende un llanto, un duelo del corazón ante esa realidad. Sentiremos tristeza al ver cómo hemos deshonrado a Dios, cómo lo hemos ofendido. Cuando comenzamos a darnos cuenta de cómo hemos arruinado su hermosa creación —y seguimos haciéndolo en nosotros mismos y en nuestro mundo—, sentiremos tristeza, y notaremos que no alcanzamos el propósito para el cual fuimos creados: para glorificarle, para alabarle, para servirle. Nos afligiremos al comenzar a descubrir que todo lo que haces está contaminado con esta idolatría de ti mismo. El orgullo se mete demasiado en todo lo que hacemos; muy seguido se trata de mí, de mí mismo, de lo que yo quiero. Ver también cómo quizá nuestras acciones, nuestras palabras o nuestras actitudes ofenden, lastiman o hieren a otros, eso trae tristeza, eso trae un pesar por el pecado, por el mal que hay en ello. El pecado siempre nos hiere de tres maneras: primero, nos hiere a nosotros mismos; luego, hiere a los demás; y, sobre todo, hiere a Dios. Y es en este último aspecto particularmente —cuando pecamos contra un Dios bondadoso, maravilloso, amoroso, tierno, compasivo y todopoderoso—, ahí es donde este llanto se siente más profundamente. Este es el llanto en el que puedes ver el llorar o las lágrimas del amor.

Y nota también, en nuestro texto, que se habla de dolerse en lugar de llorar. Todos lloramos en algún momento. ¿Cuántos de nosotros no hemos ido a funerales donde somos movidos a llorar? Ves el dolor de otros y compartimos su pérdida hasta cierto punto. Y estas son lágrimas emocionales que compartimos con ellos. Pero seamos honestos, estas desaparecen bastante rápido. Después de salir del funeral y de esa escena, seguimos adelante. Pero, ¿quiénes no siguen adelante? Aquellos que regresan a una casa vacía, que enfrentan ese lugar vacío. Ahora, ahí es cuando el llanto se convierte en duelo. Aquellos que han sepultado a sus seres queridos, extrañan a su ser querido, y están de luto. Por eso siempre digo que el duelo suele comenzar cuando el llanto termina, y se convierte en una condición en la cual tu persona interior lamenta una pérdida.

Entonces, nuestra siguiente pregunta es: ¿cuál es la causa última de este duelo continuo? «Bienaventurados los que lloran», es algo continuo, y ¿qué es eso? Es ese descubrimiento constante de que en mí hay mucho que no es bueno. Hay pecados o una naturaleza pecaminosa en una condición de bancarrota espiritual con la que me enfrento de diversas formas en mi vida, en mi caminar diario. Y esta realización trae tristeza, trae pesar, trae dolor, trae luto. Si vamos a la Biblia, encontramos en Romanos capítulo 7 a un hombre que yo considero santo, piadoso, abnegado y un modelo de piedad. Y sin embargo, él comparte con nosotros esa lucha continua del «viejo hombre» dentro de él, que en momentos de debilidad o de tensión interior, a pesar de sus mejores esfuerzos, sigue presente. Y eso hace que este duelo sea intenso. Porque a medida que aumentamos en la comprensión de los hechos crudos de nuestro carácter caído, y vemos nuestras fallas en comparación con el gran Capitán de salvación, Jesucristo; a medida que vemos su gloria, a medida que contemplamos la gloria de Jesús, nos dolemos. Porque nos comparamos, y vemos en nosotros envidia hacia otros. Vemos descontento con la porción que tenemos, o seguimos hallando dentro de nosotros esta codicia interna, o este principio de autoexaltación, deseando estar en primera fila o estar en un pedestal. Todo eso está completamente ausente en el Señor Jesucristo, pues él se quitó completamente a sí mismo del centro todo el tiempo.

Tal vez digas: «Bueno, todo este tema no cuadra muy bien con lo que dice 1 Juan 3 versículo 9, donde Juan escribe: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado —entonces, ¿por qué lamentarse?—, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios». Así que, ¿cómo explicamos eso junto a este dolerse continuo del que Jesús habla? Bueno, eso es un mal entendimiento de Juan. Juan no está hablando en absoluto de perfección sin pecado. Él afirma que el *nuevo hombre* no peca, pero todavía hay un *viejo hombre* viviendo dentro de nosotros. Así que Juan señala eso en el capítulo 1 versículo 8, cuando el escribe como contrapeso a ese otro versículo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros». Así que, en realidad, lo que Juan enseña es que alguien que ha nacido de nuevo no vivirá habitualmente ni de forma continua en la práctica de un estilo de vida o una acción pecaminosa conocida, aunque es cierto, y tristemente cierto, que incluso los mejores santos de Dios no son inmunes a caer en pecados graves.

Una pregunta más, entonces, antes de mirar los consuelos de esta hermosa bienaventuranza. En 2 Corintios 7 versículo 10, el apóstol Pablo escribe acerca de dos tipos de tristeza. Habla de la «tristeza del mundo», que conduce a más pérdida y muerte, y de la «tristeza según Dios». Entonces, ¿cómo puedo estar seguro de que mi tristeza es esta tristeza según Dios, este duelo piadoso? La respuesta, una vez más, se halla en la prueba simple y sensata que Jesús nos dio como principio al final de este sermón: «Por sus frutos los conoceréis». Ese principio también se aplica a la tristeza según Dios.

Si tienes tu Biblia abierta en 2 Corintios 7 versículos del 10 al 11, fíjate lo que dice: «Porque he aquí esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios...» Ahora, ¿qué produjo eso en ustedes? — *los frutos*. Primero: «¿qué solicitud produjo en vosotros!», para hacer que las cosas estén bien otra vez. Segundo: «¿qué defensa!», lo que hicieron para purificarse o reformarse. Tercero: «¿qué indignación!», indignación es una ira justa contra tu propio pecado, el cual ves y que quieres resistir. Cuarto: «¿qué temor!», el temor de volver a caer en el pecado. Quinto: «¿qué ardiente afecto!», el deseo de ser guardado de las tentaciones. Sexto: «¿qué celo!», no sólo por ustedes mismos, sino también por los demás, porque al ver el pecado como algo ofensivo contra el Dios que amas, y destructivo para los pecadores, harás todo con celo para destruir el pecado. Séptimo y último: «¿qué vindicación!», una venganza contra ti mismo por todo lo malo que has hecho. Y luego él concluye: «En todo os habéis mostrado limpios en el asunto». Han demostrado esta tristeza según Dios.

Ahora, una segunda evidencia que confirma que esta tristeza según Dios es genuina, es que no se trata de una tristeza esporádica. Es una tristeza que continúa, una tristeza que te acompaña toda la vida. En cierto modo, también se intensifica, y la razón es porque la presencia de esta vieja naturaleza pecaminosa sigue siendo una realidad dentro de nosotros. Hay una batalla entre la carne y el Espíritu. Como ya insinué en Romanos capítulo 7, Pablo confiesa su propia lucha personal con esta corrupción interior. Él simplemente dice: no puedo dominar ni hacer desaparecer esto para siempre como quisiera. Gimió bajo esa realidad. Bramaba, por así decirlo, por ser librado de ella. Esas palabras bien conocidas: «¡Oh miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?», de esta incapacidad para anular mis malos deseos y mis imaginaciones perversas, mi orgullo y mis motivaciones egoístas.

Ahora, la tercera evidencia que confirma que este duelo es genuino es que no sólo lamentamos los pecados en nosotros mismos. El verdadero hombre de las bienaventuranzas

lamenta los pecados que ve en otros, los que ve en el mundo que lo rodea, los que ve en la iglesia a la cual pertenece, incluso los que ve en los mismos santos de Dios. Eso es lo que también lo hace dolerse. Dices: ¿por qué alguien habría de lamentar sobre el pecado en otros? Ellos no son su problema, ese no es su problema. Es porque los pecados que veo en otros son pecados cometidos contra aquel a quien amamos. Si alguien tocara a tu cónyuge o a tu hijo, y dijera cosas malas de ellos, o les hiciera cosas malas a ellos, sentirías dolor, te lamentarías, estarías incluso enojado, pero también te entristecerías porque los amas. Así también, cuando vemos pecar a otros, nos lamentamos también por eso.

2. ¿Por qué son bienaventurados los que lloran?

Entonces, en conclusión, ¿por qué se le llama a este lamento «bienaventurado»? especialmente tratándose de algo amargo y siendo una realidad constante. Jesús ya lo dijo antes, y como ya lo he señalado, estas bienaventuranzas son bastante sorprendentes. ¿Por qué llamar al que llora una «persona bienaventurada»? Lo primero es lo mismo que en la bienaventuranza anterior: esta es una segunda evidencia que confirma que hay una obra espiritual de Dios ocurriendo en tu corazón. Cuando nace un niño, nos alegramos cuando el recién nacido llora. Ahora, si le preguntas al recién nacido, él no se siente bien cuando llora, pero nosotros sentimos gozo cuando el bebé llora porque sabemos que eso significa que sus pulmones están funcionando. Así también, espiritualmente, la tristeza según Dios, el duelo espiritual, es una señal de vida. No es la base de la salvación. No es la salvación en sí misma, pero es evidencia de que Dios ha comenzado una buena obra en ti. Por ejemplo, después de que Dios detuvo al muy vicioso y enojado Saulo, que perseguía a los cristianos, en el camino a Damasco, llamó a Ananías para que fuera allá. El Señor convenció a este Ananías que dudaba y se oponía a ir, de que visitara a este hombre con una breve descripción de Saulo. Le dijo: «He aquí, él ora» (Hechos 9:11). De igual manera, Dios podría decir o pudo haber dicho: «He aquí, él llora, él se lamenta por sus pecados». Es una evidencia de una nueva vida.

Ahora, la segunda razón por la que Jesús llama bienaventurados a los suyos es porque dice: «porque ellos recibirán consolación». Lo que Dios ha comenzado, también lo terminará. Las lágrimas que Él ha hecho brotar al abrir nuestra mente a esta dolorosa y fea realidad del pecado, también las enjugará de nuestros ojos al quitar para siempre la causa de esas lágrimas y dolores—esto es, el pecado. Entonces, ¿cómo nos consuela Dios al enfrentarnos con esta realidad de nuestra caída, de nuestra incapacidad y de nuestra bancarrota? Esa es la preciosa obra del Espíritu Santo. Uno de sus nombres es el Consolador, y su obra es consolar a los pecadores en este proceso de duelo. ¿Cómo consuela el Espíritu a estos dolientes espirituales por sus pecados? Lo hace de tres maneras.

Primero, conduciéndolos a la promesa y a la verdad de Jesucristo. Cuando el Espíritu Santo nos capacita para reposar nuestro corazón sobre la verdad del evangelio y la obra consumada de Jesucristo, experimentamos el consuelo del descanso y de la esperanza. Y veo que la vida que Él vivió como sacrificio a Dios es un pago suficiente a la justicia de Dios, que yo no puedo satisfacer; y que Él se entregó como Salvador y sustituto en lugar de los pecadores; y que Él me invita a venir a Él y a depositar en Él mi vida, mis fracasos, mi culpa y todo, en Él, con la promesa de que «todo aquel» —no importa quién hayas sido, no importa por dónde hayas andado— «todo

aquel que en él cree, no se pierda» (Juan 3:16). Mi amigo, entonces experimento consuelo; experimento seguridad, gozo y esperanza.

La segunda forma en que el Espíritu Santo consuela al que está de duelo es cuando nos conduce a la verdad de la reconciliación y del favor de Dios Padre por medio de Cristo. No hay nada más consolador, cuando un hijo está dolido y afligido por lo que ha hecho, que volver a sentir el abrazo amoroso de su padre y su madre, asegurándole que todo está bien. De igual manera, no hay nada más consolador que, en la tristeza de tu alma, tú comienzas a sentir el abrazo amoroso de Dios el Padre, y percibes la liberación del espíritu de temor y esclavitud que te mantenía en cierta desesperación, y poder decir: «Abba, Padre» y gozarte en Él.

Ahora, ultimadamente, en tercer lugar, el consuelo más pleno se experimentará cuando, por fin, Dios libre a estos dolientes de la presencia del pecado que mora en ellos y los saque de la escena del pecado cuando seamos traídos a la gloria eterna. Nada parece más gozoso que ser libres del pecado para siempre: nunca más tener que enfrentar la realidad del pecado y del mal en uno mismo y en otros, en mis pensamientos y en mis palabras; nunca más tener que oír ni presenciar la total indiferencia y deshonra cometida contra el Dios que amamos. Claramente, estos consuelos son preciosos y son divinos. En verdad es Dios quien necesita herirnos para hacernos ver nuestra necesidad de sanidad. Así que Él nos hiere al revelarnos a nosotros mismos, pero nos sana al revelarse y llevarnos a sí mismo, al abrirnos su corazón, su gracia, su amor y su misericordia.

Conclusión

Así que, terminemos destacando sólo uno o dos puntos en conclusión. Primero, no cometas el error de pensar que estos dolientes espirituales son personas con rostros largos, deprimidas y de aspecto poco atractivo, con una mentalidad depresiva. ¡No! El que está de duelo puede ser una persona muy jovial, una persona optimista, una persona positiva, y aun así tener en su corazón una lágrima constante, un llanto interior por los pecados que ha cometido, que siente que luchan dentro de sí o que ve a su alrededor. En segundo lugar, cuanto más cerca vivas de Dios, y cuanto más busques vivir para su gloria, y cuanto más sirvas a los demás, más lamentarás todo lo que deshonra a Dios, ya sea en ti o en los demás. Por lo tanto, aunque pueda sonar como una exageración, es una expresión poética en el Salmo 119 versículo 136, donde el autor dice: «Ríos de aguas descendieron de mis ojos» —¿y por qué? —«porque no guardaban tu ley».

Ese es entonces el consuelo que puedo señalar aquí al final. Viene un mundo en el que todo este lamento cesará para siempre, porque los pecados habrán cesado para siempre. Apocalipsis 7:17 revela que «Dios enjugará toda lágrima de los ojos» de los redimidos, no sólo las lágrimas por nuestros propios pecados actuales, sino también las muchas lágrimas en tus ojos por los pecados que otros cometieron contra ti. Ahora hay heridas y cicatrices en tu vida que supuran con dolor. También los pecados que vemos que otros cometen en el mundo, todo eso terminará para siempre. ¡Qué prospecto tan glorioso!, porque entonces seremos verdaderamente consolados.

Que Dios bendiga estas palabras y nos haga a todos una fuente de verdadera bendición para otros.

Muchas gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la tercera bienaventuranza: «Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad».